

Marie Hermanson

UNA EXTRAÑA EN LA PLAYA

Traducción del sueco de
Francisca Jiménez Pozuelo

alevosía 

Kristina

Viaja por un mundo gris. El sol no ha salido aún. Ella adora ese mundo que carece de luz y de oscuridad, un mundo sin sombras, sin colores, en el que en realidad no hay nada visible ni oculto, solo presentimientos, confusión.

El ruido de la noche ha cesado —el susurro del viento, el ronco bramido del alce, el crujir de las alas de las mariposas nocturnas—, y los otros ruidos, los del día, no han despertado todavía pero llegarán enseguida. Primero la brisa de la madrugada en las copas de los árboles, después los chillidos de las aves marinas y el gorjeo de los pájaros, y al final ese coro discordante de voces, motores y música.

Pero por el momento reina el silencio. El mundo descansa entre sus dos cambios, y ella se desplaza por ese universo durmiente a través de un océano tan tranquilo y apacible como un cenote. El kayak se desliza a lo largo de la costa que ella conoce bien, sigue las laderas empinadas, las playas arboladas de la bahía que lame como una lengua delgada y flexible.

En ese momento se abren las aguas y en el horizonte se extiende un camino ancho entre las islas. A lo lejos, en mar abierto, se vislumbran unos pequeños islotes lejos de la protección de esas islas. Ella se aleja de la costa y se dirige a los islotes sorteando las islas. Para poder hacerlo, el mar debe estar en calma. A veces hay calma absoluta en tierra, y no descubre las grandes olas hasta llegar a mar abierto. Entonces tiene que volver a casa.

Pero hoy no hay ningún peligro. El mar está tan silencioso y tranquilo que parece que no se pueda navegar en él, y casi se sorprende cuando ve que la embarcación surca la superficie.

Su respiración y el remo van al compás, los músculos del brazo se llenan de fuerza y voluntad. Es una sirena. Solo la mitad superior de su cuerpo es humana. La inferior, escondida en el asiento renegrido, se desliza con pasividad. Pertenece al mar.

Los pájaros advierten su presencia mucho antes de que llegue. Alzan el vuelo por encima de los islotes como una nube vociferante. Sus alas blancas resplandecen con luz propia en el aire gris. Van a su encuentro, la rodean, y ella se desliza entre los chillidos y los cuerpos que revolotean.

Ulrika

No había valla. La parcela seguía estando abierta y era accesible, como siempre. Sin embargo, me detuve antes de entrar. Me quedé inmóvil, dudando.

No era del todo cierto que fuera de libre acceso, noté una especie de barrera. Sentí la misma inseguridad que antaño, cuando vivía allí de pequeña; el mismo anhelo por formar parte de ese lugar, la misma incertidumbre de no poder hacerlo en realidad.

Todo estaba igual. La parcela rocosa con sus robles produjo en mí el mismo efecto que la primera vez que la visité de niña. Escarpada, salvaje, descuidada. El trapecio, la escalera de cuerda, el columpio y la liana habían desaparecido, como era de esperar, al igual que el barco pirata, pero el halo de aventura permanecía intacto.

No sabía quién era actualmente el propietario de la casa. Tal vez aún fuera de la familia Gattman.

Fui subiendo lentamente los peldaños de troncos de la escalera en dirección a la casa marrón. Era finales de septiembre y no creía que por esas fechas hubiera nadie por allí. No había ningún coche aparcado, lo que lo confirmaba. Fui bordeando la casa y subí al porche. El mar tenía ese intenso tono azul que solo muestra en primavera y en otoño. Como si lo que flotaba allí abajo fuera densa tinta azul.

Me puse de puntillas y miré por la ventana.

Por un momento, me pareció tener un sueño absurdo. ¡Estaba observando mi propia casa! Los sofás con su tapicería de anchas rayas azules y blancas, y el cuadro del barco encima. La

mesa redonda de comedor, extensible, con sus curiosas bisagras, y las sillas de patas torneadas y respaldos ovalados. La lámpara de techo modernista colgando de las cadenas encima de la mesa. El baúl marinero. La mecedora blanca con su cobertor oriental y el pequeño cojín con borlas. La estantería que llegaba hasta el techo y que se extendía por toda la habitación, llena de pequeños y diversos objetos.

Todo era sumamente parecido a mi propio cuarto de estar. Cuando cedió la sorpresa vi las diferencias, pero aun así el parecido era notable. Si alguien me pidiera que le describiera esa habitación de la casa de los Gattman no podría hacerlo. La cocina la recuerdo muy bien, y la buhardilla de Anne-Marie, como es natural, pero esa habitación solo la recordaba de una manera difusa, sumida en una penumbra amarillenta tras los estores bajados.

Mi cuarto de estar había ido tomando forma con el tiempo. En ningún momento hubiera pensado en una decoración determinada, pero es posible que guardara en mi mente esa habitación con todos sus detalles, e inconscientemente hubiera ido amueblando mi propia casa de un modo similar. Y yo que pensaba que se me había ocurrido todo a mí y estaba orgullosa de haber mezclado lo viejo y lo nuevo, de no tener un estilo especial que pudiera encasillarme. Me enorgullecía en especial la idea de la estantería de pared hasta el techo.

Oí detrás de mí los pasos de los niños correteando por el porche.

—Venid a ver esto —dije alzándolos uno a uno para que miraran—. No pongáis las manos en la ventana. ¿Veis?

Asintieron sin interés y se fueron corriendo. No sé si se habrían dado cuenta de la similitud con su propia casa. Tal vez los niños no se fijan en esas cosas.

Seguí mirando a través del cristal de la ventana. Parecía que allí dentro no hubiera cambiado nada en los últimos veinticuatro años. Era como volver al pasado.

Fui hasta la puerta del porche y me asomé a la cocina. Los armarios seguían pintados de azul, pero no del mismo azul que

yo recordaba. Los habían pintado de otro tono. Las macetas de geranios rojos habían desaparecido. Lo demás seguía igual.

Las voces de los niños iban subiendo de volumen y de pronto me preocupé por si estropeaban algo. Salí del porche y rodeé la casa. Jonatan había ido a buscar la caña de pescar que había dejado junto a uno de los robles.

—Íbamos a pescar —dijo con impaciencia.

—De acuerdo —concedí—. Vamos a pescar. Conozco un buen sitio.

Pensaba en Musselstranden, en los bacalaos enormes que Jens solía pescar allí y en las raras y espléndidas ocasiones en que una trucha asalmonada daba coletazos en el anzuelo. Quería que Jonatan viviera una experiencia así.

Bajamos hasta el camino y avanzamos unos cien metros mientras pensaba dónde teníamos que desviarnos. En otros tiempos se atravesaba un prado, pero apenas quedaban prados ya. Nadie quería heno; no había vacas ni caballos pastando: el paisaje estaba irreconocible. Las zonas que no se habían edificado estaban cubiertas de maleza o de matorrales de escaramujo. A simple vista parecía un espacio pequeño y sombrío, como la habitación atestada de muebles de un anciano. Las amplias zonas de juego para los niños habían desaparecido.

Finalmente di con el desvío y nos adentramos en la maleza. Tuvimos que detenernos una y otra vez para desenredar el anzuelo de Jonatan, que se iba enganchando en las ramas. Lo solté del sedal y Jonatan lo puso en una caja junto con los otros anzuelos.

Encontré el murete de piedras que quedaba a un lado. Seguí buscando la parte derruida por donde antes se podía entrar. Había varias. De hecho, casi todo el muro se había derrumbado. Treparamos por algún lugar, al azar, y allí se acababa el bosque, y llegamos a una zona abierta entre montañas cubiertas de brezo.

Me di cuenta de que nos habíamos desviado demasiado en dirección oeste pero, ahora que tenía una visión más amplia, sabía dónde estaba con exactitud. Las montañas eran las mismas, no había cambiado nada. Soplaba un viento fresco.

Reviví la maravillosa sensación de caminar por la montaña con botas de goma; calcular la distancia antes de un salto; la sensación de aterrizar exactamente igual que habías pensado; comprobar que el suelo se pega a la montaña y es lo suficientemente fuerte como para soportar tu peso, a la vez que suave para que el pie pueda percibir la estructura de la base. Ojos que exploran el entorno. Mentes que piensan sin cesar en el mejor modo de arreglárselas, que eligen y deciden todo el tiempo. El cuerpo que obedece a la perfección, trepa, salta, se inclina, se estira.

Supongo que para mis hijos serían cosas obvias. Ellos juegan todos los días en la montaña. Iban muy por delante de mí, y yo veía las siluetas de sus gorras rojas a lo lejos cuando a veces se detenían en una colina y miraban hacia donde estaba yo para que pudiera indicarles el camino con un movimiento del brazo.

No hace mucho era yo la que tenía que esperarlos. La que descendía sola una loma empinada y luego volvía para cogerlos en brazos, uno tras otro, evitándoles la parte difícil.

El paisaje está formado por glaciares. Las montañas aparecen cortadas por valles angostos y desfiladeros que unas veces son superficiales y otras profundos precipicios, lo que resulta difícil de determinar si no llegas justo hasta su borde. La vegetación del desfiladero, que hasta hace un instante parecían frágiles robles de medio metro de altura, resulta ser copas de altos árboles cuyas raíces están a diez o veinte metros de profundidad, por lo que en el último segundo evitas el enorme salto que habías planeado dar. Contienen tipos de naturaleza completamente distintos, que son un pequeño mundo en sí misma. En su mayor parte crecen allí robles de poco tamaño, pero también pueden encerrar un minúsculo pantano con matorrales de juncos, pinos y prados de algodón. Otras grietas dan cabida a todo un mundo minimalista de Bruno Liljefors, con abetos oscuros, un paisaje prehistórico de helechos o una masa compacta de enebros enzarzados. Cada uno de esos mundos parece que hubiera caído directamente del cielo para después, hundido en la montaña, desarrollar su originalidad y refinarla en completo aislamiento.

Por uno de esos desfiladeros se llega a Musselstranden, y es la única manera posible de llegar si se va por tierra. Levanté la vista por encima de las montañas para contemplar sus cumbres de variada vegetación y comprobé que seguíamos estando demasiado al oeste. Entonces me acordé de otro de esos mundos que hay entre las grietas. Un mundo de suave hierba verde y de pinos. Una vez, Anne-Marie y yo enterramos allí un tesoro. Se trataba de una lata de té en el que habíamos metido cosas. Sentí de repente un enorme interés por ver aquel tesoro. Me di prisa en alcanzar a los niños y les comuniqué lo que acababa de planear.

—Vamos a buscar un tesoro —les dije.

Parecían un poco recelosos, pero me ayudaron a buscar.

—Tiene que haber pinos —precisé—. Pinos y hierba verde. Y un cerezo.

—¿Y cómo son los pinos? —preguntó Max.

En realidad, yo no tenía ni idea de dónde estaba ese desfiladero. Todo lo que recordaba eran pinos, hierba verde y un cerezo silvestre. Enseguida me di cuenta de que era imposible. Interrumpí la búsqueda del tesoro y continuamos en dirección este hacia Musselstranden. No podía equivocarme. Solo había que seguir la línea de la costa para encontrarla, pero no demasiado cerca del mar, porque los acantilados descienden casi en vertical hacia el agua y yo tenía que vigilar bien a los chicos.

Así que llegamos al desvío que buscábamos y bajamos la montaña deslizándonos en cuclillas hasta caer en una alfombra crujiente de hojas secas del año anterior. Un lecho de arroyo seco. Robles, serbales y saúcos. Vetustos alisos con cortezas agrietadas y grisáceos líquenes. Enredaderas de madreSelva, retorcidas con tal fuerza alrededor de los troncos que producían marcas profundas en las cortezas.

Max dio un aullido porque Jonatan le acababa de dar un golpe en la cara con una rama. Lo consolé, pero él se apartó.

—Parece que aquí tampoco hay mar —farfulló mirándome con sus grandes ojos de niño de seis años. Escéptico, suspicaz, casi asustado. ¿Se habría vuelto loca su madre? Ella había estado

mirando por una ventana ajena. Lo engañaba diciéndole que iban en busca de un tesoro inexistente. Le decía que iban a ir al mar a pescar, a la vez que lo adentraba cada vez más en una selva de crueles e insidiosas ramas que lo golpeaban.

—Llegaremos muy pronto —dije poniéndole la gorra que se le había caído al darse con la rama. Se la puse al revés, como a él le gustaba, pero tampoco lo hice bien porque se la quitó poco después y se la volvió a poner suspirando.

—Vale —dijo en tono sereno—. ¿Falta mucho?

Alcanzamos el denso muro de arbustos de enebro y endrino. Una vez allí parece que estás a muchos kilómetros del mar, atrapado en un bosque frondoso. Sin embargo, lo único que te separa de la playa y del mar es ese muro impenetrable, sin ninguna rendija de luz. Sientes el olor de la sal, oyes el batir de las olas, el viento incluso, a pesar de encontrarte en un mundo totalmente apacible.

Antes se podía atravesar por un camino que había junto a la pared derecha de la montaña. Me pareció que aún era posible hacerlo. Nos pegamos bien a la montaña, apartamos las ramas puntiagudas y salimos a la luz cegadora.

Los niños se dedicaron a corretear por la pequeña playa haciendo crujir restos de conchas marinas bajo sus pies. El agua era cristalina. En el fondo, la arena brillaba entre los bancos de mejillones como pequeñas islas blancas. De niña solía venir aquí con los hermanos Gattman a recoger mejillones grandes y carnosos que cocinábamos directamente en la playa en una lata llena de agua de mar encima de una fogata.

Jonatan quería ponerse a pescar enseguida, y le señalé la gran roca en forma de cubo que había al otro extremo de la playa donde el agua es profunda.

El fondo del mar es peculiar aquí. Desde la playa se extiende una zona en forma de abanico de aguas poco profundas. Fuera de ella, el desnivel del fondo es muy brusco, de modo que si a un bañista le cubre el agua por la rodilla, puede llegarle al pecho con solo dar un paso; así que un niño pierde pie después de un cambio de profundidad así. Es una playa muy peligrosa para quien

no sabe nadar. En mi investigación me he encontrado con varias leyendas sobre esta zona que hablan de un ser malvado con forma de mujer, que vive en una de estas calas y arrastra a las personas al fondo del mar. Podría ser aquí. Imagínate que estás chapoteando en la orilla recogiendo mejillones y que, de repente, te hundes en la zona profunda y te ahogas. Sería un accidente inexplicable para alguien que lo presenciara desde la playa.

Carezco de conocimientos de geología, pero creo que los cambios repentinos de nivel están relacionados con las rocas gigantes que aparecen apiladas en la ladera de la montaña y después se esparcen por la playa y por el agua. Es obra de los glaciares. Supongo que bajo la orilla y la superficie de arena y de conchas reposan grandes peñascos de desprendimientos que van llenando la cala, y que la profundidad repentina se produce al borde de esos peñascos.

Los niños subían y bajaban por los bloques de piedra. Les grité que tuvieran cuidado. Me daba la sensación de que esas grandes rocas iban a empezar a rodar en cualquier momento. En realidad, es curioso que puedan quedarse ahí encima de la empinada ladera, como si un mago hubiera congelado el corrimiento mientras se producía. Como es natural, después de miles de años todo está firmemente cimentado, pero la superficie es irregular, por lo que sería fácil dar un traspie y que el fondo desnivelado engullera el cuerpo de un niño.

Mis advertencias les resbalaban como el agua. Corrían como lo harían en el suelo de la cocina de casa, y respiré aliviada cuando al fin se sentaron en el bloque cuadrado que les había recomendado como lugar de pesca.

Jonatan cogió la caña y la lanzó, sumergiéndola en el agua. Tiene la caña desde el año pasado. No ha pescado nunca nada, aunque yo suelo pedirle a Dios que lo consiga por fin.

Max daba patadas a las conchas de mejillón que había en la playa, las pisaba y las aplastaba. Su actitud produjo cierta confusión en mí. Entendía que le gustara el ruido del crujido y a la vez me resultaba desagradable su agresividad. ¡Esas conchas tan bonitas de color azul y blanco! Dudé entre echarle otra de mis innume-

rables reprimendas o mirar hacia otro lado. Elegí lo último, y me di cuenta de que el anzuelo de Jonatan se había enganchado en el fondo. Subí hasta donde estaba, y después de un buen rato de intentos y tirones tuve que cortar el sedal y poner otro anzuelo.

Cuando volví a bajar a la playa, Max había desaparecido. No había espacios grandes en los que moverse. No estaba arriba entre las rocas. Nunca se metería en el agua a estas horas, ¿o lo habría hecho sin que yo me diera cuenta? Lo llamé sin obtener respuesta.

—¿Has visto a Max? —pregunté a Jonatan.

—Acabo de verlo —contestó—. Allí —añadió señalando hacia las rocas.

Volví a llamarlo a gritos.

Cuando grité su nombre por quinta o sexta vez, de repente apareció una gorra roja en una zona inaccesible en lo más alto del acantilado. El estridente tono de mi voz, esta vez a causa del pánico, fue lo que hizo que se asomara.

La visión de su rostro resplandeciente me produjo tal alegría que no reaccioné a pesar del entorno tan agreste y difícil donde se encontraba, encima de las rocas más altas.

—¡Ahí estás! —grité aturdida por el amor maternal.

—¡¿Cómo has llegado hasta allí?! —gritó Jonatan, que pensaba con más lucidez.

Max solo se rio.

Y luego volvió a desaparecer, engullido por las enormes rocas. La tardanza en verlo reavivó mi preocupación.

Jonatan dejó la caña de pescar y se dirigió al lugar donde acabábamos de ver a Max. No tardó en darse por vencido. La diferencia de nivel entre las rocas era demasiado grande como para que él pudiera escalar hasta arriba del todo. Pero si Jonatan, que tenía nueve años, no podía, ¿cómo lo había logrado su hermano de seis?

—¡Max! —grité—. Deja de jugar y ven. ¡Es peligroso estar entre esas rocas! ¡Max!

Un instante después oí que alguien se reía a mi lado. Ahí estaba él, sentado a mis pies entre las conchas de mejillón, carcajeándose y tirando puñados de arena a su alrededor. Yo me quedé mirándolo sin entender. Su aparición rayaba lo sobrenatural.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté.

Jonatan, con la experiencia de varias películas de acción y videojuegos, tenía una idea clara de la situación.

—¡Has encontrado una cueva! Una cueva por la que has ido a lo alto de la montaña desde la playa. Espera que vaya para allá.

—Aquí no hay ninguna cueva —dije.

Porque ahí era donde yo jugaba en mi infancia y conocía ese sitio como la palma de la mano.

Y no era solo el sitio donde jugaba. Era un lugar muy especial también por otros motivos. Aquí, en Musselstranden, fue donde encontramos a Maja, la hermana menor de Anne-Marie que había desaparecido el verano de 1972. Después de su desaparición no volvimos aquí nunca más, pero antes de aquello veníamos tan a menudo que me parecía conocer cada una de las piedras, cada grieta, cada variación en el tono de los líquenes.

Max subió por la roca más cercana y luego descendió por un espacio estrecho. Jonatan lo observó y después fue tras él.

—¡Ven y verás, mamá! —gritó desde arriba—. Ahí abajo hay un pasadizo largo. Se puede llegar a la montaña por debajo de las piedras. Se puede ver lo que hay allí arriba. Veo el cielo. Es muy divertido.

Oía sus voces desde el interior del montón de piedras y traté de mantener la calma. Tuve que convencerme de nuevo de que las rocas estaban encajadas con firmeza. Si habían permanecido inmóviles durante miles de años, lo estarían también en el momento en que mis hijos correteaban por allí. De todos modos me asustaba la idea de que tuvieran esas moles de piedra encima de ellos, y respiré aliviada cuando los vi salir por una brecha y saludarme con la mano desde el punto alto e inaccesible donde Max había aparecido antes.

Los chicos se deslizaron de un extremo a otro del pasadizo varias veces. Yo me tumbé boca abajo en la roca junto a la playa y me quedé mirando el gran desfiladero que formaba la entrada del pasadizo. Vi conchas, un ala de gaviota enredada y arena. Y un espacio oscuro debajo de la roca contigua. No sería capaz de bajar y arrastrarme por allí dentro. Tengo fobia a los lugares estrechos.

Jonatan no lo había dicho bien, no se trataba de una cueva. Era simplemente un espacio que había debajo de la rocas, formado por las piedras más pequeñas que las sostenían.

¿Y por qué no habíamos encontrado Anne-Marie y yo en nuestras innumerables visitas esta maravilla que mis hijos habían descubierto en solo un cuarto de hora?

Porque a ninguna de nosotras se nos ocurrió la idea de bajar y meternos por una de esas grietas. Tal vez no teníamos valor o interés suficientes, o no estábamos tan locas como para exponernos a tales peligros.

Sin embargo, es impresionante cuántas cosas nos descubren los niños. A veces creo que me enseñan más que yo a ellos.

Enseguida percibí el alboroto que estaban formando los chicos allí abajo. Se oían sus voces a través de las oquedades.

—¡Mamá! ¡Hemos encontrado un cavernícola! ¡Un esqueleto!

—Será de algún animal —dije—. Un visón tal vez. Hay muchos visones por aquí.

—¡Ven a verlo! —se oyó decir a Jonatan, ahora desde más lejos.

Levanté la vista hacia las rocas y volví a ver una cabeza que se asomaba en ese lugar imposible.

Pero esta vez no era un niño rubio con gorra roja el que se reía mirando hacia mí entre las enormes rocas. Era un cráneo humano de color marrón amarillento con las cuencas de los ojos vacías.